



HESYQUIO DE BATOS

Nuestro santo padre Hesyquio, sacerdote de la Iglesia en Jerusalén, vivió en tiempos de Teodosio el Joven, prodigó sus enseñanzas y murió hacia el año 333. De sus numerosos escritos, sólo se ha recogido aquí el tratado, dividido en 203 capítulos, *sobre la Nepsis*, la atención de la mente y la guarda del corazón. Un tratado muy provechoso incluso para los principiantes. Esto dice Focio de él:

El capítulo 22 de Hesyquio, sacerdote de Jerusalén, contiene en sí todo el objetivo del libro, un libro muy útil para los que comprometen su vida en la ascesis, en vistas a la herencia de los cielos. Ahí todo está expuesto con claridad. Y además

hasta puede convenir tanto a hombres desinteresados por el combate que exige la razón, como a quienes se han sentido concernidos y se han esforzado en practicar la ascesis. Hasta aquí la breve reseña de Nicodemo.

Para Nicodemo el Hagiorita, como para la Patrología de Migne, el autor de las dos centurias "Sobre la vigilancia y la virtud" sería Hesyquio de Jerusalén, que vivió en el siglo V. Ahora bien, teniendo en cuenta el título de algunos manuscritos y ante las influencias incontables de los Padres del siglo VI, como Juan Clímaco y Máximo el Confesor, se admite comúnmente hoy que la persona que escribió estos capítulos ha sido un monje que vivió probablemente en el siglo VII u VIII, lo más probable un hígumeno, un

abad, del monasterio de “la Zarza ardiente” del Sinaí. De aquí el nombre de Hesyquio el Sinaíta o Hesyquio de Batos, o sea, de la Zarza, de la “Zarza Ardiente que vio Moisés sin consumirse (*bátos ou katekaíto*)” (*Ex 3,2. LXX*).

En última instancia cuenta menos aquí el testimonio de un hombre que el mensaje de una escuela monástica, indudablemente la del Sinaí, escuela-madre de los monasterios cenobíticos, que vinculaba el conocimiento del desierto con la experiencia de la comunidad. Ya no bastaba que el monje se acoplara a los valores naturales del desierto –la renuncia, la soledad, el silencio– necesitaba además vivir estos valores con los otros, enraizarlos en pleno corazón, y aglutinarlos en el nombre y la gracia de Jesús, implantarlos en el mismo lugar en donde se dio la Ley.

El tema desarrollado a lo largo de las *Centurias sobre la sobriedad y la virtud* se resume en la afirmación de que no hay vida espiritual auténtica sin práctica de la *nepsis* (sobriedad, vigilancia, lucidez), única capaz de desapasionar progresivamente el alma, de favorecer su purificación y su unificación, de establecerla en la quietud divina y de disponerla así a vivir del continuo recuerdo del Señor.

Esta lucidez, propuesta como un *método espiritual*, es como una actividad concertada que se ejerce bajo el dinamismo de la gracia, implica los componentes tradicionales del combate interior entre los que se destacan, la atención (*prosojê*) y la contraréplica (*antírrêsis*), y por encima de todo la oración, centrada en esta súplica monológista (*eujê monológistos*), que Hesyquio designa habitualmente como ‘oración de Jesús’. Se trata ante todo de respirar a Jesús y de no tener más que a él en el espíritu y en el corazón, sustituyendo el único pensamiento del Señor a la multiplicidad de los *logismoi*.

La enseñanza de las *Centurias* no tiene nada de novedoso y que no se encuentre en la tradición precedente. Lo único novedoso y personal es la elección de los materiales revividos, las insistencias que manifiesta, las simplificaciones que opera, no

por gusto de una sistematización abstracta, sino en función de una experiencia espiritual capaz de simplificarse sin empobrecerse.

La obra es modélica, con una simplicidad diáfana. La Filocalía la recoge en su antología como método perfectamente ensamblado para unificar el corazón. La ascesis del cuerpo confluye en ascesis de la mente. Hacer monje al hombre visible era al fin y al cabo cosa fácil, cuestión de ley que asume la naturaleza o la institución. Pero hacer consistentemente monje al hombre interior implica un estado de gracia y de confianza, la llamada incesante de Dios y, ante todo, el ejercicio de la humildad real que nos lleva a enaltecer los progresos de los demás y a considerarnos nosotros mismos como tierra y ceniza. La obra apunta a unos objetivos sin más: la belleza, el arrebató en Dios. Se dan por supuesto, pero están fuera del ámbito voluntarioso. Todo se encuentra como condensado en la “guarda de la mente a las puertas del corazón”.

Los capítulos de Hesyquio vienen pues a ilustrar con sus facetas peculiares un método espiritual de purificación, fundamental en la Filocalía. Ahí aparecen claramente significados los tres modos de ascesis –la *nepsis*, la *hesyquía*, y la *oración de Jesús*– perfectamente diferenciados y solidarios, puesto que se compaginan entre ellos; y ninguno de los tres es posible, concebible o practicable, sin los otros dos. No hay técnica alguna, sino una sola ley espiritual inherente a la gracia del nombre de Jesús.

En síntesis, así aparecen combinados los tres modos ascéticos concentrados en la mente:

1. La *nepsis* –traducida por vigilancia, pero que significa la sobriedad. Es la virtud crucial de la mente que no sólo rechaza cualquier sobrecarga, sino que se vuelve a sí misma (es el arrepentimiento: la *metánoia*) para reducirse a una total atención en la pureza del corazón y llegar a la transparencia original y última en el nuevo Edén de donde el ojo ejercitado advierte en lontananza los pródromos de la caída. Todos los pensamientos

que segrega habitualmente la mente, activada por la comezón del mundo, se rechazan y se ahogan en su germen.

2. La *nepsis* de la mente lleva así a la *hesyquía del corazón*, ese reposo apacible, ese silencio, signo en nosotros del estado divino que precede y sigue a la creación. Camino de salvación imposible a los hombres, pero posible a Dios. De aquí lo único necesario:

3. En la *hesyquía* del corazón asciende y desciende la *oración de Jesús*, el *Kyrie eléison*. “Señor Jesús, Hijo de Dios, ten compasión de mí”. La mente, desgarrada al retirarle el sostén natural y su secuela, los pensamientos, se transmuta en invocación, “respira Cristo”, hace revolver en el “espacio interior” el nombre de Jesús, impregna al cuerpo, circunscribe el universo mediante el nombre de Aquel que creó el mundo y lo salva. El giro cósmico queda aquí involucrado en otro giro, interior, invisible, englobante: el amor mismo.

La obra de Hesyquio es pues una apología de la interioridad. No nacemos al mundo más que para renacer en el corazón, “hacer de cada día y de todas las horas, en el misterio, en el gozo, una fiesta del corazón”. A cada uno de nosotros, a través del mundo, se abre así desde el origen, el camino real de la ascesis filocalica, pero también una puerta estrecha: “ser monje en el corazón”.

DE HESYQUIO, PRESBITERO, A TEÓDULO
REFLEXIONES, EN FORMA DE CAPÍTULOS, SOBRE LA SOBRIEDAD
Y LA VIGILANCIA,
Y LA VIRTUD PARA EL BIEN DEL ALMA Y DE SU SALVACIÓN

Principio y fundamento verdadero de la iluminación
del alma. La refutación y la oración

1. La *sobriedad*¹ es un método espiritual que, con la ayuda de Dios, libera enteramente al hombre de los pensamientos y de las palabras pasionales como de acciones malas, si se aplica

¹ Este vocablo encierra el doble sentido de *templanza* y *vigilancia*.

con tesón y durante mucho tiempo. Proporciona de este modo, en cuanto es posible, un conocimiento seguro de Dios, el Incomprensible, y abre los misterios divinos y ocultos. Induce a cumplir los mandamientos de Dios, del Antiguo y del Nuevo Testamento, y dispensa todos los bienes del mundo futuro. Propiamente hablando es la pureza de corazón, la cual, a causa de nuestra negligencia es tan rara hoy en día entre los monjes. Cristo la enaltece, cuando dice: *Dichosos los puros de corazón, porque ellos verán a Dios*¹. Esta es su excelencia. Su precio es caro. Practicada durante mucho tiempo se convierte en un guía, nos lleva por un camino recto y agradable a Dios. Además, nos hace acceder a la contemplación, nos enseña a poner por obra como conviene las tres zonas del alma, y a controlar con seguridad nuestros sentidos. Aumenta cada día las cuatro virtudes cardinales extendiendo la posibilidad de madurar en ellas.

✓ 2. Moisés, el gran legislador, o quizá mejor, el Espíritu Santo, queriendo mostrarnos la excelencia de esta virtud, pura, universal, nos educa y nos enseña cómo debemos llevarla a la práctica, y perfeccionarla. Ha dicho: *Fija tu atención en ti mismo, no sea que una palabra oculta se convierta en pecado en tu corazón*². Llama palabra oculta a la aparición de un solo pensamiento que expresa alguna acción mala que incida en el odio a Dios. Justamente esta palabra que el diablo insinúa en nuestro corazón, los padres la llaman sugestión. Nuestros propios pensamientos la secundan, desde que ha penetrado en el ámbito de la mente, y se cargan de pasión dialogando con ella.

3. La sobriedad es el camino de todas las virtudes y de todos los mandamientos de Dios. También se la llama *serenidad* (*hesyquía*) del corazón, y, lograda su perfección, cuando ya no está afectada por ninguna imagen, se convierte en el centinela de la mente.

4. El ciego de nacimiento no ve la luz del sol. Lo mismo ocurre al que no camina en la sobriedad y en la vigilancia que tam-

¹Mt 5,8.

²Dt 19,9.